

LAS TRES GUERRAS Y LA IZQUIERDA

EDUARDO HARO TECGLÉN

La guerra de las Malvinas ha terminado. Sólo hacia su final, o inmediatamente después de él ha empezado a cobrar un sentido que, desde el principio, todos le habíamos negado. Era el 2 de abril—cuando se inició la ocupación argentina—una guerra calificada de tonta, de estúpida, de inútil y de desesperante. Se aceptaban, en cambio, las otras dos guerras que transcurrían al mismo tiempo: la del Irak y el Irán, que terminaba a su vez, y la del asalto de Israel al Líbano, concebida a la manera alemana de la «blitzkrieg» o guerra relámpago: una operación veloz hecha para un exterminio determinado y para conseguir unos objetivos políticos. Estas dos guerras parecían justificadas, por lo menos para nuestro sentido de la lógica, y aun dejando aparte los calificativos morales que pudieran despertar. En esta forma de medir los acontecimientos hay una especie de eurocentrismo, de occidentalismo y hasta de racismo. No se deja fácilmente de pensar de una manera que nos han inculcado los siglos, y es la de que nuestra civilización es «la» civilización. Los iraníes han aparecido ante nosotros como unos seres lejanos y extraños, más bien bárbaros, sobre todo desde que perdieron la misión que nosotros, ingenuamente—con la infinita ingenuidad del progresismo mundial—les habíamos atribuido: los valerosos rebeldes del Irán, que desafiaban el medievallismo del Shah y de sus señores de la guerra, que abrían sus camisas ante los fusiles de la represión—una metáfora viva, pero solamente una metáfora: la leve tela es inconsistente frente a las balas—iban en el sentido de las libertades individuales y colectivas. Trataban de construir una nación abierta y limpia.

Ilusión óptica

Era una ilusión óptica. El imán y sus ayatollahs tenían un sentido de la vida y de la revolución que nosotros no podíamos ni siquiera oler. Muy pronto escaparon a nuestras normas. Asaltaban edificios diplomáticos, tomaban rehenes, les amenazaban de muerte. Ahorcaban a los adúlteros, a los bebedores de alcohol, a las forni-

cadoras; a su propia izquierda. Fusilaban sin apenas juicio. Creímos que nos habían traicionado. La izquierda europea es muy sensible a todo lo que traiciona sus propias utopías: a la rigidez cubana, a la invasión de Afganistán, a la represión de Polonia, a los manicomios soviéticos, a la esclerosis de los cuadros dirigentes de Moscú. Tiene una razón bastante considerable. Los mejores aspectos de la civilización actual en Occidente los ha conseguido ella misma mediante sus luchas y sus sacrificios: desde el «habeas corpus» hasta la libertad de prensa, desde el sistema parlamentario hasta la libre disposición del propio cuerpo. No son todavía conquistas lo suficientemente asentadas: aún hay que luchar por ellas, y por otras más que todavía no se han conseguido. Esta izquierda europea ha mantenido esa lucha no sólo para sí misma, sino para todos. Las declaraciones de derechos del hombre se califican siempre de «universales»: se apoyan en el mito de la redención de la humanidad. Cuando las gentes de la izquierda en Europa y en Estados Unidos se jugaban sus puestos de trabajo, su libertad, a veces hasta su vida, por defender la causa del Vietnam, sentían esa universalidad. La sintieron por el Irán, y se encontraron traicionados. Cuando el Irak se precipitó unilateralmente sobre el Irán en nombre de unas viejas reclamaciones fronterizas se comprendió que era una incitación, una provocación, por parte de la dirección militar y política de Occidente para acabar con la revolución del Irán; pero ya nadie estaba dispuesto a mover un dedo para defender a aquellos curas islámicos fanáticos. Se prefirió adoptar la postura antigua de atribuir la guerra sangrienta—enormemente sangrienta, y generadora de miseria—a cosas de otras gentes, de otras razas. Deplorable, desde luego; pero ajena. El triunfo del Irán ha podido sentirse con una cierta satisfacción, pero no más. Muertos, al fin y al cabo, de tercera clase.

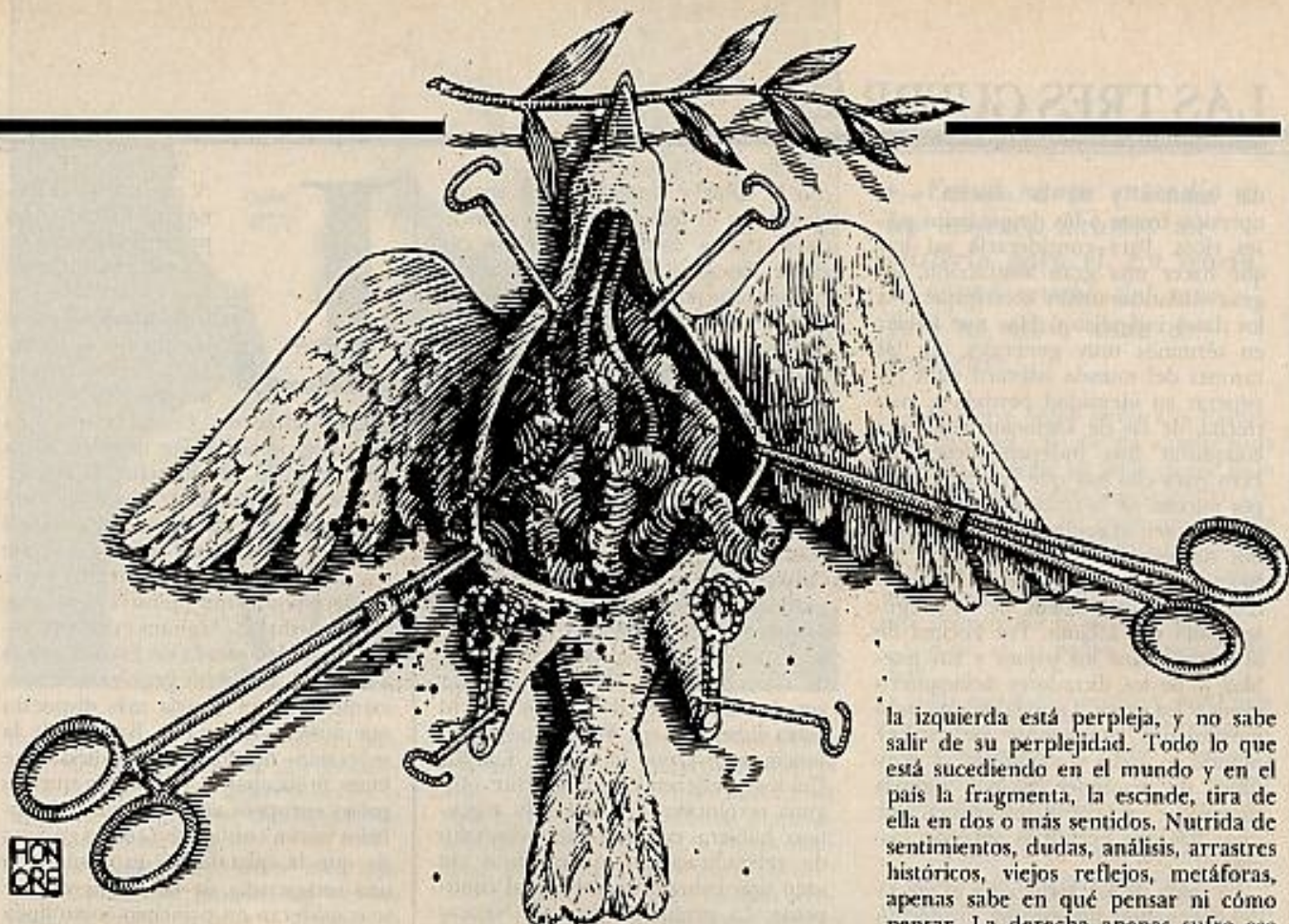
La imagen de Israel

El tema Israel-Líbano tiene algunas características semejantes. El tema de Israel es de los que también dividieron

en su momento, y dividen aún, a la izquierda occidental. Israel representó a los judíos, los judíos han sufrido recientemente su enorme martirio por el nazismo; y han proporcionado a la izquierda grandes maestros de su propio pensamiento—no sólo Marx—y continuos vigilantes de las libertades en los libros y en la prensa, en el cine y en la televisión. Hay muchas razones para identificarse con los judíos. Se han hecho muchas veces a costa de un inmenso olvido de los verdaderos judíos de nuestros días, los palestinos: perseguidos, diezmados, lanzados a la diáspora. Los palestinos han reaccionado frente a la agresión y al olvido con el terrorismo, inventado y repetido siempre con un enorme acto de propaganda, de llamar la atención sobre la desgracia propia. En estos tiempos ya no vale. La izquierda occidental no es partidaria de la violencia, condena al terrorismo con unanimidad y, en general, consideró a los palestinos como unos intolerables aguafiestas; y a los árabes que parecían apoyarles con el «arma del petróleo» como los causantes de la desgracia económica de Europa. Hay todavía una izquierda tercermundista que comprende la causa árabe, que va mucho más allá de la fuerza y el dinero de sus jeques. Pero tiene poca capacidad de extensión. El asalto de Israel al Líbano se ha comprendido como una necesidad de preservar la defensa del pequeño estado amenazado (menos amenazado, evidentemente, que sus vecinos árabes) y su seguridad. Se ha hablado en esta ofensiva de treinta, de cuarenta mil muertos. Han pesado menos en los titulares de los periódicos del mundo que los trescientos ahogados del «Belgrano».

El fascismo argentino

En esta disposición de ánimo la guerra de las Malvinas ha sorprendido también a todos. Los muertos ya no son de tercera: son los de dos naciones consideradas cultas y civilizadas, inscritas en nuestro orden de vida (aunque el orden de vida de Argentina haya sido secuestrado por sus propios generales). Una gran parte de la izquierda, sobre todo de la izquierda organizada



en partidos —en España el comunista y el socialista, unidos curiosamente en el mismo empeño que el partido gubernamental, Alianza Popular y la extrema derecha golpista— ha reverdecido sus viejos temas de lucha: el colonialismo, el imperialismo británico había vuelto al ataque. Una nación del Tercer Mundo volvía a ser agredida. Para más señales, los países progresistas del mundo —la URSS, Cuba, Nicaragua— aunque pudieran ser vituperados por otros excesos, señalaban claramente la dirección a seguir. Y los Estados Unidos apostaban el colonialismo y, por lo tanto, el predominio sobre Latinoamérica. Parecía suficiente.

Para otros, en cambio, no lo era. Otros veían en las Malvinas una tierra en la que vivían dos mil personas dentro de un régimen democrático en el que consentían, y al que preferían. Si trabajan por cuenta de una gran compañía capitalista, eso no les distinguía de los habitantes de París, Madrid o Nueva York, que más o menos se encuentran en las mismas condiciones. No podían desprenderse, por mucho que hicieran, de la visión más clara de quienes habían provocado la guerra: una Junta Militar que ha presidido varios millares de muertes, de desapariciones, que ha mantenido prisiones, torturas; que ha lanzado al exilio miles de personas de la inteligencia del país, y que ha arrollado todas las libertades públicas. Con los dictadores de la Argentina no había ninguna duda para la izquierda hasta el 2 de abril: eran

absolutamente vituperables. A partir del 2 de abril algunos creyeron posible cambiar de posición: como les decían que lo estaba haciendo el propio pueblo argentino. Pero muchos otros supieron que era una forma más del fascismo, que la invasión de las Malvinas tenía el mismo sentido que un golpe de estado. Las proclamas de la derecha y la extrema derecha no dejaban lugar a dudas de lo que estaba sucediendo; el apoyo a la Argentina era sobre todo un apoyo a un régimen militar, a una negación de la democracia. Se traducía, como todo en España, a una metáfora interior. Puede pensarse, después de todo pasado, que si los naufragos hubieran sido los ingleses y los vencedores los dictadores argentinos, algunas cosas podrían no ser las mismas en España, y algunas actitudes se habrían cambiado. Algo debemos, aquí, a los soldados ingleses y hasta a la mismísima señora Thatcher.

La izquierda sacrificial

Naturalmente, las cosas no son tan sencillas como quedan anotadas. Se habla de dos grupos de la izquierda con demasiada facilidad: en realidad, el efecto de todas estas guerras, y muy especialmente la de las Malvinas, es mucho más demoledor. Las divisiones pueden hacerse no sólo dentro de una izquierda, dentro de un partido; sino dentro de las personas mismas, de los individuos. Hace ya muchos años que

la izquierda está perpleja, y no sabe salir de su perplejidad. Todo lo que está sucediendo en el mundo y en el país la fragmenta, la escinde, tira de ella en dos o más sentidos. Nutrida de sentimientos, dudas, análisis, arrastres históricos, viejos reflejos, metáforas, apenas sabe en qué pensar ni cómo pensar. La derecha apenas sufre ese mal. El pensamiento no es su primera necesidad; lo es la fuerza, y todavía la tiene. A la hora de tomar partido, lo toma sin equivocarse nunca por aquello que más la pueda convenir en su situación actual y en sus necesidades actuales. La izquierda es sacrificial, masoquista y librepensadora. Es su grandeza y es también, su pérdida desde el momento en que, cargada con todo esto, no sabe qué actitud tomar.

Es evidente que la victoria inglesa sirve para probar que hay que enfrentarse directa y claramente con la agresión, y muy claramente con una agresión fascista. Pero también le parece evidente que no tiene por qué estar junto a los Estados Unidos, junto a Reagan, junto a la OTAN. Es evidente que hay que enfrentarse con cualquier forma de colonialismo: lo ha hecho siempre, en el último medio siglo —Indochina, Argelia, Vietnam, Corea...— pero no es tan evidente que las Malvinas sean un país colonizado, y que la herencia del colonialismo español esgrimida por la Argentina tenga más validez que la herencia del colonialismo inglés mantenida por Gran Bretaña.

El más allá del Tercer Mundo

Hay, todavía, un Más Allá. Es aquel por el cual pueden unirse las tres guerras como un enfrentamiento del mundo subdesarrollado, del mundo

LAS TRES GUERRAS

del hambre y de la miseria y la opresión frente a los despiadados países ricos. Para considerarlo así hay que hacer una gran abstracción, un gran distanciamiento con respecto a los datos inmediatos. Hay que hablar en términos muy generales: de las razones del mundo islámico para recuperar su identidad perdida y maltrecha, de las de Latinoamérica para conquistar una independencia real. Pero para ello hay que colocarse muy por encima de la situación inmediata: del régimen argentino, de los desmanes de Jomeini, de la ferocidad de Begin, de la manipulación y la dictadura de Sadm Hussein, de las irregularidades del Líbano. Por encima de la lucha entre los jeques y sus pueblos, o de los dictadores latinoamericanos y los suyos. La idea de que todo movimiento procedente del tercer mundo es justo y razonable es muy difícil de mantener. Si por algunas razones se excluye el terrorismo, por otras hay que excluir la agresión fascista.

La caída de las Malvinas y el efecto desmoronador que esto ha producido sobre la Junta Militar argentina vuelven a dar un sentido a lo que en un principio se calificó como guerra estúpida. Hay pocas dudas de que la utilización patriótica del tema de las Malvinas no es más que una trampa de la Junta Militar. Todo el que tenga todavía recuerdos —los nuevos tiempos tratan de borrar los antiguos— sabe perfectamente cómo el fascismo español utilizó el tema de la exclusión de las Naciones Unidas o el de Gibraltar para cimentarse a sí misma. Es el mismo esquema el que puede aplicarse en esta ocasión. Sólo que Franco fue siempre mucho más prudente, y le tenía un miedo pavoroso al extranjero —se lo tuvo cuando el extranjero eran Italia y Alemania y cuando fueron los Estados Unidos— y no trataba de llevar la exaltación patriótica a un punto sin regreso. Galtieri no aprendió la lección. Galtieri es tan mal político como mal militar: sólo ha podido gobernar al país, como sus inmediatos antecesores, por el terror y la muerte; sólo ha podido intentar hacerle trascender mediante un golpe de mano. Nunca supo calcular la fuerza del enemigo que provocaba. Podría decirse que no lo supo del todo hasta que tuvo en sus manos el mensaje del general Menéndez comunicándole que no podía resistir más. Y, naturalmente, lo de «hasta la muerte» no es felizmente más que una frase retórica.

Lo que Galtieri parecía estar provocando —y sus compañeros de Junta y de Ejército aunque le eligiesen a él sólo y a su nombre para que cargase

con la culpa y tratar ellos de seguir ejerciendo el poder— era una especie de respuesta latinoamericana de carácter fascista, o, dicho con algún eufemismo, populista. Era un cálculo genuinamente estúpido, como todo lo que ha provocado esta situación: el de unos regímenes fundamentalmente anticomunistas y al mismo tiempo con un cierto sabor de reivindicaciones populares y nacionalistas pudieran encontrar un apoyo amplio en Estados Unidos. Serían una alternativa a las «otras revoluciones» —Guatemala, El Salvador, Nicaragua, Cuba—; podrían desbancarlas. Galtieri no ocultó nunca en sus proclamas el asombro que le provocó la reacción de Estados Unidos al ponerse al lado de Gran Bretaña. No fue capaz de ver que lo que estaba inventando lo había inventado ya Perú y no había funcionado; y que lo que los Estados Unidos prefieren es, claramente ninguna revolución. Si el ejemplo argentino hubiera cundido, un sobresalto de reivindicaciones nacionalistas de todo tipo habría estremecido al continente. La prontitud con que Nicaragua y Cuba, y desde luego la Unión Soviética, corrieron a apoyar las reivindicaciones argentinas y su acto militar mostraron en seguida al verdadero fondo de la situación. Completado con la prudencia de las otras naciones del Continente, con la equívoca declaración de la reunión de ministros de Asuntos Exteriores de los países «no alineados» en La Habana, muchos de los cuales negaron su apoyo a la Argentina.

Los que ganan

Parece que los dos vencedores claros de este episodio son los Estados Unidos y la Unión Soviética. Reagan se precipitó sobre el tema para mostrar su atlantismo, su fidelidad a la OTAN, su aspiración a ser primo de la reina: eran las vísperas de su viaje a Europa, y su postura le sirvió de alfombra roja al pie del avión presidencial (aunque, finalmente, se encontrase con las reticencias de siempre). La pérdida de imagen ante los países latinoamericanos le importaba menos: sabe de sobra que la tiene mala en los pueblos, y que los dirigentes no van a cambiar su alianza de la que reciben, entre otros beneficios, el de permanecer en el poder. Y la Unión Soviética, a su vez, volvía a erigirse como defensora de los países subdesarrollados, como enemiga del colonialismo y el imperialismo: volvía a renovar su antigua oferta que nunca ha cumplido enteramente de luchar al lado de los parias de esta tierra. ■ E.H.T.

LA entrada de España en la OTAN se ha producido en uno de los momentos menos oportunos: por la situación del mundo al que se incorpora oficialmente nuestro país, y por la situación interna. Coincide con una elevación de la tensión mundial y con unas guerras en marcha; cualquier analista internacional sabe que estamos más cerca de la guerra mundial que antes (lo cual no quiere decir que sea inevitable, ni mucho menos) y con la correspondiente ofensiva contraria, la del pacifismo. Algunos estrategas indican que la entrada de España ayuda a resolver un cierto problema de desarme: Reagan estaría más dispuesto que antes a tratar con Brejnev de la supresión de los «euromisiles» que tanto preocupan a la URSS y que los países europeos en que estarían instalados miran con mucho recelo en vista de que la «plataforma española», en una retaguardia de las fronteras que se consideran en principio como línea de frente en caso de una guerra, podría albergar un armamento mayor y una capacidad de respuesta inmediata. No es una opinión tranquilizadora. La idea de que España aumente su personalidad guerrera y armamentista para que las otras naciones de Europa puedan reducir sus riesgos es más bien repugnante: por lo menos, desde un punto de vista español. La inoportunidad de la entrada en la OTAN se subraya, también, por la naturaleza de la guerra que se combatían en ese momento, y que en ningún caso han llegado a un final resolutorio, sino que plantean una serie creciente de problemas, dificulta también la política exterior española. Esta política exterior se viene elaborando, desde los primeros tiempos del franquismo y sin ningún cambio hasta ahora —más bien todo lo contrario— sobre la amistad de España con dos bloques de países: los latinoamericanos por una parte, los árabes por otro. España ha entrado en la OTAN cuando ésta, al enfrentarse con Argentina y apoyar a Gran Bretaña, marcaba una posición contundente y clara que España no podía seguir; y cuando la agresión de Israel al Líbano, sostenida y defendida por la cabeza de Occidente, significaba un nuevo alejamiento del mundo islámico y de los países árabes. Calvo-Sotelo trató, en la sesión solemne en que España se incorporaba, de convertir en útil la situación embarazosa de España, al decir que en estos casos nuestro país, desde dentro de la OTAN, podría servir de mediador. Ese servicio podría haber sido realmente